

La esperanza, actitud de acogida



“Nuestros deseos no podemos forzarlos a que broten, aparezcan y se cumplan. Sólo podemos observarlos, aceptarlos, escucharlos, tratar de entenderlos y hacer lo posible para poder alcanzarlos.” (Victoriano)

Celebramos la Navidad en recuerdo del nacimiento de Jesús de Nazaret en Belén, hoy afectado por la guerra de Israel. Es tiempo de esperanza y, a la vez, de sufrimiento y dolor por las convulsiones sociales y por las guerras. Los evangelistas Juan (1, 19-27) y Lucas (3, 15-16), refiriéndose a Juan el Bautista, relatan: “Como el pueblo estaba a la espera, andaban todos pensando en su corazón acerca de Juan, si no sería él el Cristo. Este fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron donde él, desde Jerusalén, a sacerdotes y levitas a preguntarle: «¿Quién eres tú?» Él confesó y no negó; confesó: ‘Yo no soy el Cristo.’ Y le preguntaron: ‘¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?’ Él dijo: ‘No lo soy’ – ‘¿Eres tú el profeta?’ Respondió: ‘No.’ Entonces le dijeron: ‘¿Quién eres?... ¿Qué dices de ti mismo?’ Dijo él: ‘Yo soy la voz que clama en el desierto: Rectificad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías’... Todavía le preguntaron: ‘¿por qué, pues, bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?’ Juan les respondió: ‘Yo bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo y al que no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. En medio de vosotros hay uno que no conocéis. Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego.’»

La esperanza es actitud de acogida. Es mantener entornada la puerta de nuestro ser, en el cuerpo, mente, corazón y espíritu, sin ponerle el pasador, para que, cuando llegue lo que deseamos, queremos, esperamos o lo que tenga que venir, muchas veces inesperado, sorprendente, doloroso o gozoso, con sólo empujarla un poco, pueda entrar sin resistencias y sin llamar.

Entonces llegará a nosotros el amor que, en la misteriosa diversidad de su manifestación, se unirá al que llevamos dentro. Sabremos, así, que ha merecido la pena la espera y la esperanza. Porque, cuando sentimos o decimos desear algo, lo que sentimos o deseamos, ya está dentro de nosotros, al menos como germen o semilla.

Entonces, lo que llega, al ser acogido y aceptado, se convierte en fundamento, alimento y energía de nuestro ser, que impulsan el brotar, hacer evidente y crecer lo que encierra ese germen o semilla que, en principio, ya somos.



Victoriano Martí Gil. 29 de diciembre de 2023